

# La humillación de Panamá

## La no intervención

Ni Manuel Antonio Noriega fue nunca el General de la Dignidad ni la invasión de USA puede ser tildada de Causa Justa. Pero hay una diferencia: Noriega es panameño y USA no tiene ninguna jurisdicción sobre Panamá. Los males de nuestros países son ciertos. Pero el mal mayor es que otro país se sienta autorizado a intervenir en ellos, **sea cual sea la razón invocada**. Si la soberanía no es algo absoluto, inapelable, no queda más horizonte que la guerra, y la política en este caso no es más que otro modo menos drástico de prevalecer. Este es el fondo de la cuestión.

Una cuestión que el gobierno de USA desconoce hasta tal punto que se extraña de la reacción unánime condenatoria de los gobiernos y pueblos latinoamericanos. A nosotros nos extraña por el contrario que la dependencia económica de los gobiernos latinoamericanos los haya reducido a tal grado de postración que su repudio sentido haya tenido que expresarse tan en tono menor. Porque no cabe duda de que en América Latina el principio de no intervención es un valor sinceramente sentido. Y que la invasión a Panamá ha sido vivida por cada país latinoamericano como un desgarramiento y una humillación sufridas en carne propia. Y más todavía por la brutalidad de la invasión que agredió indiscriminada y masivamente a la población civil y causó terribles destrozos; por el descaro de matón de barrio con que los responsables declararon que no iban a respetar ningún derecho con tal de capturar a Noriega; por el trato humillante a ciudadanos sospechosos y prisioneros; y por el cinismo de llamar a todo esto **daños colaterales** y prometer ayuda para que el país se levante de las ruinas en vez de pedir perdón y comprometerse a una reparación justa.

Precisamente cuando la URSS rectifica y transita un camino de respeto y verdad USA arrolla con orgullo prepotente, pisotea y humilla amparada en su poder, a espaldas de todo derecho. Declara con hechos contundentes que no busca amigos en América Latina, que no le interesan aliados sino clientes arrodillados, ejecutores no deliberantes de sus políticas y guardianes de sus derechos imperiales, incluso a costa de la libertad, la dignidad, el progreso y las vidas latinoamericanas. Esa es la triste verdad que grita el caso de Panamá y ninguna propaganda podrá desmentirla.

## El Canal y la droga

Hay en el fondo de la invasión a Panamá dos cuestiones de envergadura: los tratados del Canal y la guerra contra la droga. Según el tratado Carter-Torrijos, vigente, en 1990 la soberanía del Canal deberá comenzar a pasar a manos panameñas, con una serie de garantías para USA y el flujo de comercio internacional. Hay indicios de que USA no tiene voluntad política de respetar el tratado. Hay que reconocer que la presencia de Noriega no es la mejor garantía de que Panamá por su parte vaya a cumplirlos, aunque cabe suponer que un mínimo realismo le habría forzado en todo caso a respetarlos. Sin embargo no deja de ser humillante para USA tener que ratificarlos con tal personaje. Cualquiera que conozca a Panamá sabe que hay consenso en el país de ser consecuente con esa vocación canalera que marcó su nacimiento y su destino. Por lo tanto parece que objetivamente puede mantenerse la idoneidad del país para manejar el canal de un modo a la vez soberano y abierto.

Es cierto que la seguridad de que el canal va a mantenerse navegable y abierto es fundamental para USA y por eso resulta explicable que tienda a asegurarse. Pero hay muchos elementos que son vitales para nuestros países (y para muchos otros) que escapan a nuestro control y sobre los cuales de ningún modo podemos encontrar las garantías que sí ofrece en todo caso Panamá. Así pues, el problema de fondo es si USA considera que sus derechos llegan hasta donde llega su poder y que todo es válido para asegurarlos o si USA acepta que pertenece a un concierto de naciones y que su seguridad depende de la armonía del conjunto. Todo nos lleva a pensar que en USA prevalece todavía la filosofía del sujeto absoluto que reduce a objeto para sí todo lo que considera como mundo exterior; aunque en la sociedad norteamericana son muy activas las minorías que se definen como sujetos en conexión con otros sujetos en un mundo policéntrico.

En la lucha contra la droga USA maneja el principio de las potencias imperialistas de llevar la guerra fuera de sus fronteras. El problema de la droga es para USA un problema interno: ellos son ante todo los que la consumen. Y la escalofriante magnitud del mercado revela el grado de desquiciamiento de la sociedad estadounidense. Ese es ante todo el problema que deben encarar los gobernantes,

los líderes y el pueblo estadounidense. Un terrible problema del que no nos alegramos y que está directamente relacionado con la perversidad de su sistema económico, como han denunciado con valentía los obispos de esa nación. Si no quieren atacar las raíces del mal porque no quieren convertirse ¿por qué no ponen un cordón sanitario para que no entre la droga? Nada nos podrá convencer de que las policías y las fuerzas armadas de USA en operación permanente y conjunta no tengan capacidad logística para detectar la droga en sus costas y pistas de aterrizaje. Es allí donde ellos tienen jurisdicción. ¿Por qué amenazan (como lo ha hecho el subsecretario Abrahams) con invasiones y efectúan bloqueos a países latinoamericanos, en vez de aprehender la droga en sus propias fronteras? Porque se quieren evitar los **daños colaterales** a los connacionales, porque no se quieren hurgar complicidades estadounidenses y se quiere hacer recaer el costo de la guerra sobre unos países ya debilitados hasta el punto de acabar de desquiciarlos. Es la misma filosofía prepotente del sujeto absoluto que saca fuera de sí todo lo que le resulta indeseable porque los demás no existen para él como sujetos sino que son tan sólo "las tinieblas exteriores". No se trata de que el gobierno de USA colabore con los de Colombia, Perú y Bolivia; se trata de que asuma su propio problema y cargue con él y en todo caso pida a esos gobiernos que le ayuden a él en su problema.

## Mea culpa

Y sin embargo, decíamos al comienzo, los males de nuestros países son ciertos. Es cierto que los Noriega no nacen por generación espontánea. En buena parte, y ese es el caso del general panameño, crecen apoyados en los propios EE.UU., que tolera la corrupción y aun la propicia, incluso el tráfico de drogas, con tal de que sean sus piezas incondicionales. Pero Noriega es latinoamericano y es la debilidad de nuestras sociedades y culturas la que permite que esos gérmenes no sólo se incuben, cosa que acontece doquiera, sino prevalezcan y se mantengan. Sin embargo algo vamos avanzando a este respecto ya que en todos los países los militares han caído sin una bala, simplemente repudiados por el pueblo, como acaba de suceder en Chile. Con el tiempo la prepotencia se vuelve impotencia y la dignidad que no se quiebra, que a la corta parece debilidad, a la larga demuestra su prestancia. Eso hubiera sucedido sin duda en Panamá, si USA no hubiera irrumpido accionando de nuevo el indeseable mecanismo de la fuerza, indeseable por inhumano, costoso y estéril. Además de conculcar derechos sagrados, los destrozos que causaron los invasores son mucho mayores que los que estaba causando Noriega y aún queda el problema intacto de la ilegitimidad de un gobierno títere sin ninguna autoridad moral, que dentro de pocos años provocará una reacción popular. En América Latina se está viendo cada vez más claro que ni cuartelazos ni guerrillas ni menos aún invasiones resuelven nada. El camino sólo puede ser, sea éste todo lo largo y espinoso que sea, el de la negociación de todos los sectores.

Está también el problema del narcotráfico que si por una parte insufla dólares vitales a esos países (y a otros) por otra desquicia las economías; y está el problema de la drogadicción reciente, en buena medida inducida por los narcotraficantes. Es éste también un problema latinoamericano que tenemos que encarar los latinoamericanos. Y tenemos que confesar que aún no hemos logrado hacerlo eficazmente.

## La Nunciatura

En este contexto tenemos que confesar que nos ha causado perplejidad, desconcierto y malestar la actuación del Vaticano. Noriega pide asilo y la Nunciatura le concede asilo para que cese la resistencia. La Nunciatura sabe quién es Noriega. Noriega no asalta la Nunciatura sino que es llevado a ella y recibido en ella. Si la Nunciatura lo acoge no lo hace meramente en su condición diplomática sino también y sobre todo por su carácter religioso. Dicho en términos clásicos un criminal se acoge a sagrado y es recibido en él. Es ésta una práctica antiquísima en la Iglesia que todos reconocen y respetan, aun los que llevados de su prepotencia, la trasgreden. No hay lugar para plantear alegatos contra el reo. Ya se sabe que lo es, pero mientras éste permanezca en la casa del Dios de la misericordia queda sustraído a la justicia humana. La Iglesia tiene el derecho de no recibir a cualquiera; pero si lo recibe, no lo puede entregar. Lo sagrado es absoluto. El asilo es un sacramento de la trascendencia misericordiosa. Y sin embargo, la Nunciatura lo entregó, le dio un plazo perentorio y Noriega no tuvo más remedio que entregarse. Entendemos que el Vaticano estuvo expuesto a presiones fortísimas, **perentorias**, de USA y hasta de los propios Obispos panameños. Pero si no hubiera cedido, hubiera dado un gran testimonio al mundo. Así sólo se ha mostrado el lado humano, relativo, en definitiva político, de la Institución Eclesiástica.